

Una historia familiar común

Marco Antonio González Villa*

De niño me gustaban las historias y la televisión era un gran escape: las películas en español eran, relativamente, fáciles de asimilar y entender, pero las películas en inglés, en un tiempo en el que muchas de ellas disponían de subtítulos en la televisión abierta, eran complicadas para mí, de las que rescataba sólo lo visual, como en Jason y los argonautas, por ejemplo. Así que aprender a leer se volvió una necesidad imperante para mí y la escuela sería la vía.

Mis primeras letras, el libro y una joven maestra de nombre Engracia fueron los responsables de que aprendiera a leer rápidamente y así pude lograr mi objetivo como incipiente cinéfilo. Pero, además de las películas, hubo dos en las que inicialmente no reparaba, pero una vez habiendo aprendido a leer, captó mi atención: mi padre gustaba de leer novelas del viejo oeste de una colección en cuya portada se leía con claridad ESTEFANÍA, que ahora sé eran publicadas por Editorial Bruguera y escritas por un escritor español de nombre Marcial Antonio Lafuente Estefanía, así como también continuamente traía consigo revistas sobre juegos mentales como sopa de letras y crucigramas, en donde había uno en particular que jalaba más mi atención por el nombre y el dibujo que lo acompañaba; “Sólo para tigres” era la sección. Era un crucigrama que contenía preguntas difíciles que para mí eran imposibles en ese momento, pero mi padre enfrentaba con seguridad cada que podía.

Y así fue surgiendo en mí un interés por la lectura y por tener muchos conocimientos, para que un día pudiera considerarme a mí mismo un tigre. La escuela era nuevamente un espacio que sería de ayuda, pero, sin tenerlo aún claro, el papel de mi padre iba a estar ahí, acompañando momentos y decisiones importantes para mi carrera y para mi vida. Su vida fue complicada siempre, con padres separados, cambiando de casa en diferentes ocasiones, con temporadas con su madre o con su padre, con su abuela paterna, con alguna tía, dejando los estudios en la secundaria y trabajando desde su adolescencia.

Nunca ganó mucho dinero, un dato que será importante en mis decisiones; sin embargo, pese a nunca haber contado con una familia en sus primeros años, se esforzó mucho por tener una con mi madre, mi hermano y conmigo cuando fue el momento.

Mi infancia fue feliz; honestamente, no puedo decir otra cosa. Con carencias económicas, sí, pero entre la escuela, mis juguetes, la tele, el cine, los juegos con mi hermano y con amigos en la calle, los días eran sumamente alegres y estimulantes.

Un día, que marcó mi vida para siempre siendo aún un niño, mi padre hablaba con mi madre sobre un tema que había surgido en una conversación con mis tíos, hermanos y un cuñado de mi mamá, durante una de las reuniones dominicales que acostumbábamos en casa de mi abuela materna. Yo me encontraba jugando en el piso con unos juguetes, pero no pude evitar escuchar la conversación entre mi padre y mi madre: mi padre le comentaba que en un momento los hombres de familia empezaron a hablar de cuánto ganaban en sus respectivos empleos y él pudo darse cuenta de que era quien menos ganaba de ellos con su empleo en Ferrocarriles Nacionales y se lo habían hecho ver y sentir. No se dieron cuenta, pero algo en el tono de mi padre me había hecho dejar de jugar, pero sin levantarme del piso y sin levantar la cara, sentí “feo”, como diría un niño; hoy sé que era una mezcla de tristeza y de coraje porque lo habían hecho sentir vergüenza. Algunos entenderán, otros no, pero, sin decirle a mi papá, y nunca se lo dije para que no recordara ese momento, me juré en ese instante que haría lo necesario para un día ponerlo en alto y que todos se dieran cuenta de que, pese a lo que muchos pensarán, él era un motor y una inspiración para sus hijos.

La escuela era otra vez la vía para este nuevo e importante objetivo: terminaría una carrera, sería maestro y así un día diría que mucho de ese logro habría sido gracias a él. Durante la primaria no tuve problemas para desempeñarme bien y seguir adelante con mi promesa, pero entonces me llegó esa pequeña dificultad llamada adolescencia y estuve a punto de dejar todo de lado. Cometí muchos errores y aun así no tuve un reclamo de su parte, sólo veía su fe en mí: suspensiones escolares, irresponsabilidades, perder un año en el CCH, malas

decisiones, incluyendo la idea de dejar de estudiar para dedicarme a trabajar solamente y a casarme, culparlo incluso de mis fracasos; todo esto y nunca dejó de apoyarme.

Diferentes circunstancias de la vida, que darían para otra historia, me habían hecho elegir a la Psicología como la carrera que quería estudiar, así que al terminar el CCH solamente tenía que recibir mi carta de asignación por correo; aún no había internet, para inscribirme y continuar mis estudios. Mi carta no llegaba y yo lo veía como la excusa perfecta para no seguir estudiando; trabajaba, eso sí, pero no me veía ya como universitario. Un día que regresé de trabajar, mi padre me entregó mi carta; le pregunté si había llegado el correo y me dijo que no, que había ido por ella a Ciudad Universitaria. No sé describir lo que sentí; era incredulidad, sorpresa, pero también vergüenza: no vivíamos cerca de CU y no teníamos auto, así que mi padre invirtió horas en transporte y lo imagino también caminando mucho, preguntando a diferentes personas en dónde se entregaban las cartas de asignación, hasta que llegó a una oficina en donde le informaron que algo había pasado y por un error no la habían enviado, pero se la entregaron en mano y él a mí. Sentí sus deseos de que continuara mis estudios, así que abrí el sobre y leí entonces, con decepción para mí, que la UNAM no había perdonado como él mi error de terminar en cuatro años y me habían enviado a una ENEP que estaba lejos de mi casa y no a la que se encontraba a sólo 10 minutos. Me fui a inscribir, era lo menos que podía hacer, pero no fui a clases y volví a perder otro año, en el que me dediqué a trabajar, por independencia, pero también por pena y culpa.

Meses después, un amigo me avisó que podía realizar un trámite para cambiarme de plantel; hice entonces mi solicitud y logré que me cambiaran. Se alinearon los astros entonces, porque pude entrar a trabajar a Ferrocarriles Nacionales, gracias a él, y se compaginó con mis horarios de escuela. Me inscribí en la otrora Escuela Nacional de Estudios Profesionales Iztacala, hoy Facultad, y así empezaría, totalmente enfocado, a realizar mis estudios profesionales. Mi padre entonces, junto con mi madre, me pidieron que los dejara apoyarme económicamente con mis estudios, pero ya no les correspondía después de tantas fallas de mi parte y les dije que ahora yo sería responsable de mi

preparación. Insistieron en que les permitiera ayudarme y acordamos que me compraran dos libros que ocuparía en el primer semestre y el pago de unos lentes que ocupé durante la carrera.

Recordé la promesa que había hecho de niño y entonces recuperé el deseo de ser maestro, con el matiz ahora de que sería maestro de Psicología y, de ser posible, en la UNAM. La carrera pasó rápido y con buenos resultados: terminé, hice mi tesis y me titulé. Empecé a trabajar como maestro en escuelas particulares y posteriormente ingresé a una maestría en la UAM, en la que nuevamente me alentó a seguir. Me casé también y tuve hijos, pero, aun en sus silencios y pocas palabras, sentí siempre su apoyo.

Después de varias experiencias como docente, que incluyen varios fracasos, obviamente, pude ingresar a ser maestro en la UNAM en el año 2007, en CCH Naucalpan, y en el año 2008 papá murió. Ya no pudo ver cómo me seguí preparando académicamente o que logré entrar a trabajar también a la FES Iztacala; ya no pudo ver tampoco cómo, cuando se alcanza la madurez regularmente, empecé a cosechar ciertos logros de mi labor.

Ya no estaba conmigo físicamente para mí, pero he procurado siempre hacerlo parte de esta historia. ¿Por qué me hice maestro?

Siempre habrá muchas causas y situaciones que se juntan y entrelazan para que algo suceda, pero en mi caso, RAÚL GONZÁLEZ RAMÍREZ, mi padre, fue una de las razones y motivos principales. Es una historia común, tal vez, pero importante para mí: un padre que inspiró a un niño a ser maestro un día. ¡Lo logramos!

*Doctor en Educación. Profesor de la Facultad de Estudios Superiores Iztacala. antonio.gonzalez@ired.unam.mx